

Brenda, la protagonista, es una mujer bella, de modales finos, educada y con gusto por la lectura. Al cabo de un largo tiempo vivido con su familia al norte de una ciudad cuyo nombre nunca se menciona, pero que a todas luces es la capital colombiana, decide escaparse y dejarlo todo. Se ha hartado de la imbecilidad de su marido, que la quiere sólo como objeto decorativo, y del dolor insoportable por la pérdida de su hijo, quien huyó primero, para siempre, enredado en el vicio y la oscuridad de una existencia que le provocó la muerte. Sin importarle su otra hija, Brenda se va con su soledad, su fastidio y su belleza al mundo de la prostitución. En comodato le entrega su alma al diablo.

Pero todo esto está apenas pergeñado en la novela. Lo sabemos porque su protagonista lo entrega a cuentagotas, en entretiempos de su acelerada vida. Sabía de antemano que su brutal desprendimiento no le depararía un paraíso. Sólo buscaba seres auténticos, aunque estuviesen condenados. Y termina derrotada y suplicada por esas mismas circunstancias, por la sinrazón de la muerte que se hacía presente tanto en las decapitaciones recurrentes de sus amigas y enemigas, como en la impotencia de su propia devastación, del derrumbe de su cuerpo y su belleza. La vecindad de la tragedia y la horrible pesadilla de su soledad sin alicientes, eran calmadas por momentos en la extraña fuente de un personaje cinematográfico, un comerciante de cine porno, obeso, sedentario, eterno escucha de Gustav Mahler entre baños aromáticos y mimos de sus acuciosas ayudantes.

Fungía él de benefactor de varias protegidas, entre ellas Brenda, la reina, quien saciaba benevolente sus estraños gustos sexuales. Dos personajes enigmáticos, no carentes de hondura y trágica sabiduría.

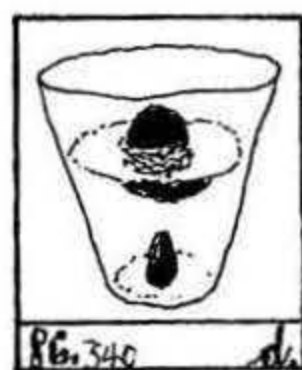
Ella encontraba en este hombre bondadoso y comprensivo una doble relación: entre el padre, de quien también se había desprendido abruptamente, y el amante dócil y agradecido que nunca tuvo en su esposo.

Sorprende gratamente la destreza narrativa del autor de esta novela, Jorge Franco Ramos (Medellín, 1962), de quien se nos dice que fue ganador en 1996 del concurso nacional de narrati-

va Pedro Gómez Valderrama, con el libro de cuentos *Maldito amor*, además de haber participado en talleres literarios de Medellín y Bogotá y estudiado cine en Inglaterra.

Sin creer que sea la gran novela de los últimos años, sí pienso que *Mala noche* es un libro que llena las expectativas de un lector exigente. Recursivo y afortunado en el manejo del tiempo, que va y viene con sinuosidad y coherencia, asume sus personajes con propiedad y penetración psicológica, sin ripios, sin "jugadas geniales", dándoles carácter y credibilidad en ambientes bien descritos y bien recreados.

Un programa radial de conversaciones telefónicas nocturnas dirigido por un extorero, que podría parecer un argumento ficticio en la novela, es un recurso que, además de impregnarle ironía y humor, introduce un aspecto recurrente de nuestra radio, no sólo objeto de seguimientos sociológicos y semióticos, sino que ha movido la imaginación de artistas en géneros diversos.



En esta novela ese programa propicia inteligentes diálogos entre Brenda (asidua oyente e interlocutora) y "El matador". Al final, la mujer es descubierta por su hija, quien le reconoce la voz, y ello propicia un reencontro que, aunque infructífero, le inyecta a la historia el presagio de un final que se va redondeando, no feliz sino real y dramático.

Como en una buena novela policíaca, en ésta no se dejan cabos sueltos y el suspenso, creciente y controlado, va hasta lo último, en una paulatina preparación de ablandamiento, cuando llega el directo a la mandíbula, sin tiempo a lloriqueos.

A diferencia de algunas historias de esta índole, donde se ve de fondo el te-

lón de la novela negra, en ésta, insisto, hay hondura, incidencia psicológica, auténticos sentimientos de dolor, alegría y muerte tratados sin especulaciones y con autenticidad.

El diálogo, el monólogo y la descripción como técnicas narrativas son dispuestos con tino y efectividad, en un aspecto de la vida marginal, que se expulsa a lo largo de toda nuestra geografía, donde se ponen en juego la vileza y la máquina infernal de crímenes sistemáticos e impunes. El tratamiento estético que el autor da a esta oscura realidad, nada tiene que ver con el patetismo ni la pornografía. Sí con la radiografía de mundos infortunados, pero plenos de humanidad y sentido.

El mérito de Franco Ramos es mayor, si pensamos que ésta es su primera novela, lo cual mantiene las expectativas sinceras de libros venideros. Este, fruto del primer premio en el XIV concurso nacional de novela Aniversario Ciudad de Pereira, en 1997, ratifica una vez más la importancia de los concursos, sin importar cuántos de ellos defrauden a menudo. Por textos como éste, bien valen la pena otras frustraciones, provenientes de las citadas convocatorias. Como en todo, además.

LUIS GERMÁN SIERRA J.

"El individuo, en literatura, es la última fuente del asombro"

Persona

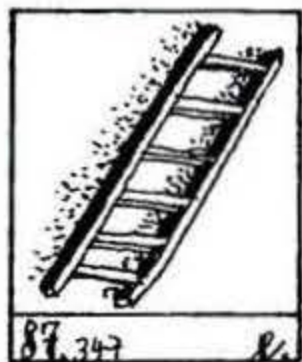
Juan Gabriel Vásquez

Cooperativa Editorial Magisterio, Santafé de Bogotá, 1997, 116 págs.

"Palabras, mujer, ciudad. Sólo un loco o un suicida intentaría juntarlas. Salvo que los enamorados, claro, sean especie de uno o de otro" (pág. 36).

Flores, ciudad de Lorenzo el Magnífico, Maquiavelo, Michelangelo, sirve de marco espacial a esta novela que

sin ninguna clase de nostalgia por Colombia no puede juzgarse como una novela del exilio, sino más bien como una novela del éxodo.



Es una obra de obsesiones. Sus personajes marcan esa definición: Stefano, psicólogo, obsesionado por un romance que tuvo su esposa con su mejor amigo antes de conocerlo, mientras él mismo se involucra en amoríos; Alessandri, cónyuge de Stefano, preocupada ante la idea de perder a su esposo, mientras teme, de paso, ver disminuir su atractivo para los hombres; Helena, bogotana, estudiante de italiano, avasallada por los claroscuros de su propia relación de pareja; Del Solar, bogotano, colaborador de una revista de arte colombiana, inmerso en su propia búsqueda de un entendimiento racional de la belleza en todas sus formas, y, sobre todas las formas, comprender a Helena, su pareja, símbolo de la tortura que implica la renuencia de lo bello a dejarse entender.

Incluso en su forma cíclica es una novela de espirales sobre espirales. Su marco es un único día que encierra dentro de sí los pensamientos correspondientes a varios años. Hasta su retorno final al mismo punto de donde partió es obsesivo... Sin respuestas. Incluso, quizá, sin desenlace, como una galaxia que gira sobre sí misma, en aparente eternidad, mientras en sus estrellas nacen y mueren civilizaciones enteras.

Como dije, no es una novela del exilio. Florencia es tal vez sólo una excusa para el intimismo. Para la espiral que no sale de sí misma.

Pero es también, sin duda, una mirada sobre lo femenino desde la óptica de un hombre. Por eso Del Solar acaba

convirtiéndose en agujero negro alrededor del cual giran los brazos de la galaxia sin que él mismo tenga apenas intervención. Inmutable... un observador distante, quizá cruel en su lejanía.

Del Solar mira Florencia, mira la ciudad, y la mira con ojos fascinados por el género de la palabra:

Eran las seis: la hora en que todos los mundos que cohabitan en Florencia y en París y en Bogotá inician la rutinaria transformación, un juego casi macabro de inversiones y opuestos; la hora en que la materialidad de las formas cobra nuevas sensualidades. En la ciudad, allá afuera, las mujeres diurnas estarían siendo remplazadas por las de la noche. La luna está sobre nuestras cabezas. Bebamos, pues es nuestra fiesta. Cuando salen, empieza su danza: su vivacidad se exagera, su sensualidad brota de todos los poros y comienza a exigir cada una la satisfacción de sus caprichos insolentes. Sus movimientos parecen sugerir que la razón más nimia bastaría para desnudarlas; una dedicación breve, para llevarlas a la cama [...] Las menos frescas se acomodarían los pechos, ayudándose un poco con minúsculos cojincitos en el piso del sostén. Las más jóvenes no saldrán solas al principio: pero la noche florentina les irá hablando al oído, se despojará frente a ellas de todos sus ruidos, todas sus trampas y sus roces, todas sus olas y sus llaves, y las niñas volverán a casa a la madrugada, tal vez sin éxito ni argollas, pero tan amigas de la vida como el día en que les llegó la regla [pág. 17]

Uno de los retos más duros para un escritor consiste en crear personajes del otro sexo que resulten creíbles. Y Helena, Alessandri, lo parecen; al menos, claro, para un lector masculino. A tal punto que no sólo "hablan" o "piensan" como aparentemente hablan o piensan otras mujeres que hemos encontrado en la existencia, sino que casi se podría jurar que, si se acerca lo suficiente la nariz al papel, su olor será el de una mujer.

Sin duda, *Persona* es un libro diestramente escrito... Precisamente por eso, hay que subir la guardia para no construir arquetipos en torno a él, pues con gran sutileza nos transporta a un mundo donde las mujeres, si bien creíbles, no encuentran otra manifestación de existencia que la de seres del deseo. Del Solar piensa en Helena y reflexiona:

El placer temible: siempre exigente: siempre gritando, pidiendo. Animal. A Helena la quería, pensó, pero no hubiera podido decir con seguridad que la quería más allá de su cuerpo, porque una mujer no se diferencia en mucho de su cuerpo: es poco más de lo que su cuerpo presenta. La mujer sabe que sólo la manipulación de su cuerpo logrará interesar al hombre, que su cuerpo es el centro de gravedad que mantendrá el interés creado. A partir de ese instante necesitará de forma devoradora que el hombre la haga gustarse y querer más, cada vez más, constante e ininterrumpidamente. [pág. 39]

Y lo terrible es que aparentemente no hay más. Mientras que a Del Solar o a Stefano parecen interesarles otras cosas que las mujeres, a pesar del gran tiempo que les dedican, pareciera ser que para una Helena o una Alessandri, a pesar de ser mujeres inteligentes, su función es vivir para y por el hombre, pues no hay ningún otro objetivo personal aparte de la relación con sus parejas o de mantener su propio atractivo... Un absoluto terror a la soledad.

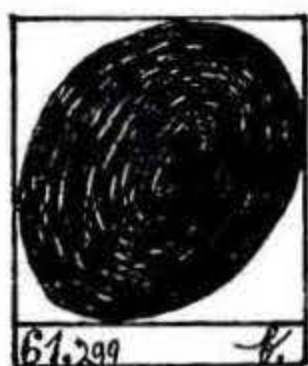


En ese sentido resulta incluso cruel que mientras Del Solar vive angustiado por la renuencia de Helena a hablar acerca de sí misma ("Y llamarte también es

impracticable: romper esa coraza, penetrarla: porque ¿quién puede saber que criaturas espantosas hay detrás de un mutismo tan magnífico?" [pág. 55]), la propia Helena se aterra de no tener nada distinto de su cuerpo por lo cual retenerlo, razón última de su silencio.

Por eso, si uno decidiera tomar a los personajes femeninos de *Persona* como ejemplos representativos del género, entonces estaría cerca de admitir que la afirmación de un pintor español (si mal no estoy, fue Dalí) es cierta; una afirmación que haría estremecer a una Yourcenar o a una Simone de Beauvoir, pues según él las mujeres no pueden crear o producir nada, sino que su única razón de existir es cretinizar al hombre.

Sin embargo, la inexistencia de las mujeres más allá de su cuerpo en este libro es explicable por una mirada al conjunto. El grupo entero de personajes parten, a mi juicio, de una visión del mundo donde no hay interés en nada distinto del juego de los afectos y de las sensualidades. Incluso Del Solar, el artista del cuadro, no busca en la belleza una manifestación, una explicación, más profunda de la existencia que una sublimación del placer sensual.



Es entonces cuando empezamos a sentir que en una obra ambientada en nuestra época nos han cortado a Florencia una vez más, que nos han dejado media Florencia atrás. La Florencia del Renacimiento, el momento en que una nueva visión del hombre impone la aceptación de la sensualidad como parte del "todo humano" pero no la antepone como fin último, es una vez más "superada" por la Florencia de la burguesía y el decaimiento del arte florentino, el cual, al perder sus ideas globales y su capacidad de asombro ante los descubrimientos, pierde tam-

bién la parte más profunda de su atractivo sensorial.

Es un libro realizado, sin duda, con talento. Pulido, retocado. Sin embargo, en su realismo intimista —allí donde descansa la mayor parte de su fuerza, pues podemos comunicarnos con sus personajes a nivel de individuos— descansa, a mi juicio, también su flaqueza, al enmarcar a cada ser en una misma visión que dista mucho de ser global.

El individuo, en literatura, es la fuente última del asombro. Quizá por eso sea tan difícil llevar ese asombro a lo universal.

ANDRÉS GARCÍA LONDOÑO

A esperar la película

Morir con papá

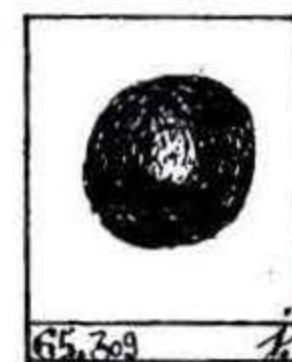
Óscar Collazos

Editorial Seix Barral, Santafé de Bogotá, 1997, 142 págs.

Quizá la mejor introducción a esta novela sea que la misma es una prueba más de que estamos presenciando la llegada de un nuevo criollismo a nuestros países. Es bien sabido que los movimientos artísticos y literarios (otros preferirían llamarlos "modas" artísticas y literarias), suelen seguir un patrón cíclico, oscilante entre la fantasía y el realismo absoluto, entre la prosa sin adornos y el lirismo, entre el intimismo y la ausencia de sí mismo. Tal vez sea debido a la necesidad de aquello que llamamos equilibrio. Pero a pesar de esto, mientras uno se acostumbra a la oscilación, no queda más que hacer juegos malabares con la barra circense para evitar un posible desequilibrio provocado por el vértigo del cambio.

Hace apenas veinte años era el cuento del realismo mágico. Hoy parece imponerse en la literatura y el cine de culto de por estas tierras un *remake* de ese gran espectro zurdo: el realismo social (música de fanfarria). Esa expresión le trae a uno ciertos recuerdos de envergadura: Zola, Steinbeck... Ufff, más de

un nombre tan pesado que hay que inclinar la cabeza al pronunciarlo; técnicas amantes del punto y las frases cortas heredadas de Hemingway; e incluso, como no, ciertas resonancias del más grande dramaturgo que ha tenido la novela: Dostoievski (a pesar de que uno no esté del todo dispuesto a admitir que *Los demonios* o *Los hermanos Karamázov* entren dentro de esa neblina que llamamos "lo real").



Nos estamos adelantando mucho. Mejor veamos primero una pequeña síntesis esquemática de la novela de Collazos.

1. Protagonistas principales: Jairo, un sicario joven, y su papá, también sicario.
2. Lugar: Medellín.
3. Trama: Padre e hijo participan en un atentado que sale mal, por lo que el autor tiene una excusa para llevarnos a los pensamientos íntimos de Jairo (aunque siempre narrados en tercera persona), su historia trágica como hijo del sector social menos favorecido de una sociedad decadente, sus amores, su ingenuidad, etc. Todo ello apuntando, por supuesto, a un final no más trágico ni menos violento que el ambiente total de la novela, ni más sobrecogedor que la realidad cotidiana de esta sociedad.

¿El resultado? *Morir con papá* es una novela de la violencia. Es una novela urbana. Es una novela social. Es una novela realista. Como se ve, no resulta difícil su clasificación. De hecho, no es ni siquiera novedosa. ¿Cuántas novelas de los últimos tiempos parecen entrar dentro de esa clasificación?... "(Re)escribiendo a Colombia" podría ser el título de una antología que agrupara a todos los títulos con las mismas